

EL CRISTO PAGANO DE LOS ANDES:
*UNA CUESTION DE IDENTIDAD Y OTRA
SOBRE LAS ERAS SOLARES*

Fernando Fuenzalida V.

Al comparar las versiones conocidas del mito andino de las Tres Eras de la Creación (Fuenzalida, 1977) hay un problema inmediato que se impone a la atención: la identidad de la divinidad o divinidades a que alude.

Es, a mi ver, poco dudable que la aparente Trinidad cristiana oculte una trinidad o tríada originariamente andina. Existe, al momento, evidencia suficiente sobre la vigencia actual de una identificación entre el Sol y Cristo en nuestro medio campesino. A este respecto hay testimonios bastante conocidos, como el de Mishkin: "... Dios y Cristo son el mismo y uno y, con frecuencia, son identificados con el Sol, Inti Huayna Cápac..." (Mishkin, 1944: p. 463). La misma observación ha sido hecha, más recientemente, por Earls, en Ayacucho: se identifica al Sol con Dios. Prudentemente, Earls anota que no ha oído aplicar lo mismo a Cristo (Earls, 1973: p. 407). La vinculación parece confirmarse por observaciones hechas en Qotobamba por J. Núñez del Prado, en Cuyo Grande por J. Casaverde y en Urcos por M. Marzal: la Virgen María es esposa del Roal (Núñez del Prado, J., 1970: p. 74); el fin de Inti Huayna Cápac representará el fin de la era del hombre —era del Hijo, en nuestro mito (Ibid; p. 95); Inti Huayna Cápac es hijo de la Virgen María (Casaverde, 1970: p. 167). A este mismo Inti Huayna Cápac se le adora en Sullubamba, Llactabamba y Andahuaylillas con oraciones católicas y los brazos en cruz (Marzal, 1971: p. 255).

Una identificación complementaria se insinúa con Inkarrí. Los mitos recogidos por Arguedas en Puquio y en Quinua (Arguedas 1964: p. 229 y 1967: p. 15), le atribuyen ya un rol creador. Casaverde, en Písaq, lo encuentra descrito como un atlante que sostiene el mundo; un atributo que en el mismo Písaq se otorga a Cristo, que sostiene tanto este mundo como el mundo de abajo (Casaverde, op. cit.; pp. 153 y 194). Se encuentra, por cierto, alguna ambigüedad

entre estas y otras versiones, como por ejemplo la de Q'eros, en las que Inkarrí aparece más bien como creatura que como creador (Núñez del Prado, O., 1964: p. 276). Pero estas ambigüedades no son mayores que las que se dan en contexto cristiano popular, entre las personas de Cristo Verbo Eterno y Cristo Encarnado.

La primera persona de la Trinidad, el Padre Eterno, se encuentra implícitamente identificado con el Roal, por mediación de la Virgen María a la que, como se ha visto, se le atribuye tanto el ser esposa de éste como madre del Sol. La identificación se hace explícita en otros contextos en Qotobamba (Núñez del Prado, J.; op. cit.; p. 72). Por otra parte, la alternancia entre el Roal y el Padre Eterno en el papel del primer creador en las varias versiones del mito, lo confirma. Esta misma coincidencia en posición estructural, hace difícil dudar que se trate aquí también de Wirakocha. La sospecha se hace vehemente en Urcos, al encontrar al Padre luciendo uno de los clásicos disfraces de Wirakocha: anciano, sucio y desgrefñado (Marzal, op. cit.; p. 99).

La figura del Espíritu Santo, aparece bastante desdibujada en los mitos andinos hasta ahora publicados; tal vez, porque su participación no se ha desarrollado plenamente todavía, ya que corresponde a la tercera era, incipiente o por venir. Los atributos que le otorga el folklore del antiguo continente han hecho, sin embargo, que —para otros contextos— se le haya definido sobre todo como fecundador (Leach, 1961: p. 129). Le corresponden, en esta perspectiva, fenómenos meteorológicos como el rayo, el trueno, el relámpago, la lluvia, el viento y el arco iris. Resulta fácil advertir que quien se oculta con este nombre, en el mito de las Tres Eras, sea Illapa.

La asimilación de los gentiles o *ñaupa machus* a los judíos del Antiguo Testamento es muy temprana y se encuentra presente ya en Huamán Poma: "... otros quieren dixer que los yn^{os} salieron de la casta de judios, parecieron como ellos y barbudos sarcos y rrubios como espanol tubieran la ley de muyzen y supieron la letra leer y escribir. . ." (Huamán Poma 1936/1587: p. 60). Para la población andina contemporánea, fue insinuada por primera vez por Mendizábal, en 1966 (Mendizábal, 1966: p. 76). Ha sido, más recientemente, confirmada en el area de Písaq. Los gentiles aparecen allí como enemigos de Cristo que, al mando de Herodes, Pilatos y Caifás, lo persiguen hasta capturarlo y darle muerte. En esta versión, la ira de Dios Padre, que pone fin a la primera era, es provocada por la crucifixión. Este Dios Padre, es el Roal. Jesucristo y los santos son, también, gentiles o *ñaupa machus*. Y en consecuencia, lo son los apus de las montañas principales (Núñez del Prado, J., op. cit.; pp. 63 y 65. Casaverde, op. cit.; pp. 146 y 156). No todos los gentiles, pues, son definidos como malos o resultan condenados, ya que Cristo y los santos proceden de esta estirpe. Algunos —según se narra en Kauri— no tomaron parte en la rebelión contra Dios

Padre (Mishkin, op. cit; p. 465). Este hecho es importante para la comprensión del culto que hoy reciben como antepasados y divinidades benignas, bajo la forma de *aukis* y *wamanis*.

* * *

Resulta bastante claro, a este punto, que la integración entre el argumento cristiano y el andino, se ha producido sobre la base de la absorción de la Trinidad cristiana en una tríada prehispánica, probablemente conformada por Wirakocha-Pachakamak (Roal), Inti e Illapa. El metasistema que proporcionó la base para esta identificación, ha sido, según toda evidencia, el simbolismo uránico-solar común a las altas civilizaciones europeas, asiáticas y americanas, superviviente en la Europa Medioeval y perpetuado —después de la conquista— tanto en innumerables metáforas litúrgicas como en nuestros usos calendáricos (+). Donde esta absorción ha sido completa, Jesucristo —reteniendo su nombre— ha perdido sus rasgos históricos para convertirse en una divinidad solar pagana. Donde ha sido incompleta o defectuosa, aparece un personaje paralelo que asume las características de un anti-Cristo: el Inkarrí.

Resulta evidente, también, que a pesar de la casi completa reinterpretación de la Trinidad cristiana, el proceso de asimilación no ha culminado todavía. Esto se manifiesta, sobre todo, en la posición flotante, y como a la deriva, que poseen ciertos elementos cristianos en la narración. El desplazamiento de estos elementos, de una a otra era, entre las diferentes versiones, facilita abrirnos paso hacia la forma original.

Uno de los más importantes fenómenos de desplazamiento es el que se observa en la historia de Adán y Eva y en la relación de sucesión que se les da con los gentiles: ¿vivieron en la primera era? , ¿eran gentiles? . La versión central que he recogido los reconoce como los primeros hombres. El texto recogido por Ortiz en Vicos, los fusiona en un solo personaje masculino, Adaneva, y los identifica al Padre. El Adaneva vicosino es el creador de los Antiguos o gentiles (Ortiz, 1973; p. 9). La versión alterna huancavelicana, los desplaza en dirección contraria: “Después de Dios Padre Eterno vino el Hijo. Ahí comenzó el Adán y Eva. Adán y Eva vinieron después de los gentiles. Noé apareció ya para que muera los gentiles. Después fue Adán y Eva”. En esto coinciden la mayoría de las versiones conocidas: en sacarlos fuera de la primera era o, más sencillamente, en ignorarlos. La alterna huancavelicana está más cerca de la forma original: “Antes que venga los gentiles era completamente vacío. No había nadie. No había gente. . .”. Resulta fácil advertir que Adán y Eva, por un lado, y los gentiles, por el otro, son competidores por una misma posición estructural. Las

funciones que cumplen en sus respectivos mitos son equivalentes: dar cuenta del origen de la muerte. Adán y Eva crean un dilema a la imaginación mítica andina. Huamán Poma resolvió este dilema defectuosamente, y a costas de un desfase entre las dos secuencias históricas que quiso compatibilizar.

Un dilema semejante es el que debió enfrentar el desconocido redactor del capítulo 6 del Génesis, al integrar los restos de una tradición paralela sobre los *nefilim* de la era pre-diluviana. La analogía estructural entre este episodio y la historia de Adán y Eva ha sido insinuada por Leach, en un análisis perspicaz, en el que no llega a penetrar, sin embargo, la intención del texto (Leach, 1962). La solución optada por el Génesis, se auxilia de la duplicación estructural para la construcción de una serie tipológica no repetitiva que avanza del Antiguo al Nuevo Testamento hasta culminar en la *ekpirosis* de la Segunda de Pedro. Así, la potencial competencia estructural entre ambos temas, resulta absorbida en la complejidad de la estructura total, no en función de un incremento de la redundancia como asumiría Leach, sino poniéndose al servicio de la síntesis mesiánica. Arrancado de su contexto propio, el tema de los titanes pre-diluvianos deja lugar, por necesidad, a la ambigüedad del ensamblaje andino.

La presencia originaria de los gentiles en el rol de primera humanidad resulta corroborada por la mayor parte de los mitos recogidos por los etnógrafos contemporáneos: son los *wachaq* o “fornicarios” de Arguedas (Arguedas, 1964), los *ñaupamachus* de O. y J. Núñez del Prado (Núñez del Prado, O. y J., op. cit.); los *soqas*, *ñaupas*, *machulas*, *machus*, *aukis*, *aulay*, *payas*, de Casaverde (Casaverde, op. cit.); los *aukillos* de Mendizábal (Mendizábal, 1966); los gentiles de Michaud (Michaud, 1970), Tschopik (Tschopik 1951), y Ortiz (Ortiz, op. cit.). La antigüedad de este mito de una primera humanidad, que habitó un mundo de tinieblas y, habiéndose rebelado contra Wirakocha, el creador, fue destruida y reemplazada por una segunda humanidad, se confirma en su mención por algunos de los cronistas más tempranos.

* * *

La cuestión de las tinieblas iniciales, merece que nos detengamos un momento. Tanto las versiones etnográficas como las que ofrecen los cronistas son bastante consistentes cuando afirman que el sol y la luna que lucen ahora en el cielo, fueron creados al iniciarse la segunda era. Pocas son explícitas, con todo, en declarar que no hubiera entonces ningún sol. En Cuyo Grande se menciona un *Anta Inti*, sol de cobre, que iluminaba a los *macius* “con una tenue luz rojiza”, y una Killa “diferente de la luna que hoy existe”, (Casagrande, op. cit.; p. 151). El *Anta Inti* es semejante, por su aspecto al sol *Llukusqa* o cubierto “con el manto

oscuro de la noche, de la que se despoja lentamente hasta quedar totalmente descubierto y emitir una luz roja incandescente, tornándose luego al amarillo". Este sol es reconocido como auroral y se lo vincula a la región del este (Ibid.). La era de los gentiles —por definición— al pertenecer hoy a un mundo antípoda, debe ser presentada en una clave mítica nocturna. Lo que, según contexto, puede expresarse como ausencia de sol, sol disminuído, sol nocturno, o iluminación lunar, en cuanto la luna es un sol nocturno. Espero desarrollar esta cuestión en un artículo futuro.

El mito de las Tres Eras, tanto en su forma huancavelicana como en las que se ha recogido en otras partes del país, insiste sobremanera en la aparición de un doble y triple sol como instrumento de la aniquilación de los gentiles. En América Central, en donde el mito de la historia propone una serie de notable analogía con el esquema andino, las eras se computaban como soles sucesivos. Cieza, Murúa, Montesinos, Anello Oliva y otros, nos dan testimonio de que se hizo esto mismo en el Perú, como ya lo ha destacado J. Ossio (Ossio, 1973). En esta perspectiva, si Cristo-Inti, el Hijo, es identificable sin lugar a dudas con el sol de la segunda era, resulta razonable la inferencia de que el Padre-Wirakocha sea el sol de la primera, y que el Espíritu Santo-Illapa —Inti Illapa como se le llama en ocasiones— sea el sol de la tercera. No importa la eventualidad de un remoto origen uránico de Wirakocha, el Padre y el Espíritu se presentan como divinidades solares. Esta solarización debe haber estado ya estabilizada mucho antes de la adopción de la forma colonial. De ahí, el movimiento atribuído al Wirakocha por las crónicas: desde el Lago Titicaca a Puerto Viejo, en sentido contrario a las agujas del reloj y por vía este-nordeste. Lo que no se contradice con el movimiento norte-sur de Kon y de Naylamp dado que, más allá del Ecuador, el sol alcanza su zenit hacia el meridión.

Y algo más a este respecto: como en el folklore europeo y el cristianismo popular de todas las regiones, la segunda persona —el dios vigente— tiende a absorber a las otras dos; ello se aprecia en la iconografía colonial, en la que la Santa Trinidad es frecuentemente representada por una triplicación de la imagen de Cristo. Hay que recordar también al Cristo doble de Pisac que, sosteniendo el mundo de arriba y el de abajo, es simultáneamente Inti Huayna Cápac y Wirakocha Pachakamak (Casaverde, op. cit.). Y a los tres hermanos Cristo: el de Wanka, el de los Temblores y el de Inkillpata, en el folklore de la pampa de Anta (Núñez del Prado, J., op. cit.). Se explica así, mejor, la posición central de la cruz entre dos soles, en el escudo que Franklin Pease me contó haber hallado en un portón serrano. El mismo mensaje podría haberse expresado con tres cruces. El contenido del símbolo habría sido, sin embargo, diferente al de las tres cruces del Calvario cristiano. Estas no tienen que ver con una secuencia mítico-his-

tórica, sino con una analogía al rito de expiación prescrito por el capítulo xvi del Levítico: el holocausto de un carnero, acompañado por dos chivos, uno de los cuales se ofrece a Yahveh mientras el otro se entrega a Azazel.

* * *

El mito de Pariacaca, recogido por Avila, en Huarochirí, en el siglo xvi (Avila, 1598?-1966), llama la atención sobre algunos aspectos complementarios del esquema. Pease ha reconocido en este mito, con acierto, la vinculación de las edades del mundo con dioses sucesivos. Pero no concuerdo con él en la serie que propone: Yanamca Tutuñamca, Huallallo Carhuincho, Pariacaca y Cuniraya (Pease, 1973: p. 19). Me parece que no le da a Cuniraya Viracocha el lugar que le corresponde.

Creo que una interpretación más ajustada de este mito puede basarse en el reconocimiento de las semejanzas entre este Pariacaca y el Inti Huayna Cápac del mito tardío. Pariacaca es, sin más, una divinidad solar: estableció un sacerdocio calendárico y sus descendientes recibieron el nombre de *Willkas*, “nombre antiguo del sol”. A estos descendientes se les atribuye tanto la fundación del Tahuantinsuyo, como el uso de la vara de oro en la misma función que la de Manco Cápac. Pariacaca es hijo de Cuniraya Viracocha, según se afirma repetidamente en el texto de Avila; y simuló ser piedra desde la llegada de los españoles. Esto nos proporciona un sistema de tres eras, ya que Cuniraya fue “. . . más antiguo. . . que todos los demás huacas” y que “antes que él existiera no había nada en este mundo” y fue el creador de “las montañas, los árboles, los ríos, los animales de todas las clases. . .” (Avila, op. cit.; pp. 91 y 95). Tenemos así: Cuniraya, Pariacaca, era de los españoles. La elaboración de este mito data de los primeros años de la colonia. Fue registrado bastante antes de que incorporara totalmente los últimos acontecimientos y, por eso, Cristo no está identificado aún con el segundo sol, ni aparece explícitamente como el tercero.

Uno de los mejores aportes de este mito, es que permite transparentar un esquema de cinco edades semejante al de Huamán Poma de Ayala y oculto en la serie de tres. E inclusive abre la perspectiva a un sistema que comprende un mayor número de eras. Cieza, como Huamán Poma, se refiere a cinco eras-soles. Mientras que este último se obliga también a la adición de una sexta como solución al problema planteado por la conquista del imperio.

La serie de cinco aparece como subrayada por las condiciones del nacimiento portentoso de Pariacaca: son cinco huevos, de los que nacen cinco halcones; éstos se convierten en cinco hombres que combaten a Huallallo; y, después de derrotarlo, se fusionan en una sola divinidad. La función que

cumplen aquí estos cinco huevos-halcones-dioses, es la misma que los dos y tres soles en el mito de las Tres Eras. No son los únicos huevos de la mitología andina. De los huevos de la Relación de los Agustinos, nacieron también dos divinidades. Las historias de huevos nos conducen a la serie de la fórmula Achiqué (Ortiz, op. cit.) o Hansel y Gretel. Esta serie, de difusión universal, ofrece un continuo sudamericano de versiones que van desde la pareja Pía-Makunaima de los Caribe, hasta la de Derekey-Derevuy de los Tupí y la de Apocatequil-Pikerao de Huamachuco en el Perú. Estos mitos están indudablemente vinculados con los rituales de los *kuris* descritos por Avila, Arriaga, Avendaño y otras fuentes. Los gemelos son —inequívocamente— el sol y la luna, día y noche, vida y muerte, aunque sus sexos varíen según el contexto lingüístico. El mate, cántaro o vasija en que la madre-ogresa oculta los huevos o los fetos, según el caso, y que muestra su empleo ritual en los textos de los extirpadores, representa su ocultamiento en el seno de la tierra, bajo el horizonte.

En Arriaga son dos huevos; en Calancha tres. Claro que de estos últimos no nacen dioses sino clases sociales. Pero existe relación entre unos y otros. Esta relación se aprecia mejor en las mitologías orientales. El Purusa, Hombre Primordial hindú, idéntico al tiempo, contiene las cuatro eras del mundo y genera también las cuatro castas. Gayomart, su paralelo iranio, representa sus miembros por metales. Estos metales se revelan como eras sucesivas en el sueño de Nabucodonosor, narrado en el libro de Daniel. En estos mitos, la correspondencia entre las partes del Hombre Primordial, las eras del mundo y las clases o castas es evidente. El Perú prehispánico conoció también estos seres míticos compuestos: Inca Yupanqui declaraba que la ciudad del Cuzco era un puma gigante cuyo cuerpo estaba formado por sus habitantes, mientras que él era la cabeza.* No es de dudar que la lógica de estas asociaciones establezca, para el mito andino, correlaciones semejantes entre la sucesión del tiempo y el orden de las jerarquías sociales. Hay otros dos huevos importantes para la comparación, en las mitologías del Viejo Continente: son los de Leda-Cisne. De ellos salieron, como en Calancha, dos personajes masculinos y uno femenino: Helena, la luna; y Cástor y Pólux, sol diurno y sol nocturno, sol de los vivos y sol de los muertos.

Los rastros del sistema de cinco se advierten todavía en varios detalles del mito de Pariacaca: el primero de ellos es la ambigüedad en la paternidad de Pariacaca y Chaupiflamca que, a veces, se atribuye a Yanamca Tutafiamca (la negrísima noche) y no a Cuniraya; el segundo, la advertencia de que la creación del Tahuantinsuyo por los descendientes de Pariacaca, se produjo antes de que nacieran los incas; el tercero, la duplicación del tránsito de la segunda a la tercera era con los episodios paralelos de la transformación de Pariacaca en piedra y la

partida de Huayna Cápac con Viracocha.

La secuencia que se transparenta en esta forma es la siguiente: Tutañamca, Cuniraya Viracocha, Pariacaca, Inti, español. Tutañamca podría parecernos un símbolo del caos primordial como el *tohu vabohú* del Génesis bíblico o la pareja Apsu-Tiamat del mito acádico, si no fuera porque se nos informa que, también él, fue hijo del sol. Así, hay un sol adicional en el pasado, y de ese no se nos da noticias. Una razón podría ser la inesperada irrupción de una sexta era, la española, que obligó a un reajuste de la serie para proteger el esquema quinario. Aparece una función de las tinieblas representadas por Tutañamca y por el mundo de los *ñaupa machus* del folklore cuzqueño: no necesariamente nos hablan de una era en que no había ningún sol, sino que se reducen a expresar los límites del encuadre categorial. De la transformación del cinco en tres me ocuparé, en general, en un artículo futuro. Aquí sólo quiero adelantar que me parece que se explica en relación a la profundidad terminológica del sistema de descendencia andina. El mito reconoce —y ésto también es de interés— a Huayna Cápac como el último inca legítimo en su dinastía. Esto ayudaría a la identificación de este inca con el Inti de la segunda era, en el folklore contemporáneo.

En cuanto a Huallallo Carhuincho, su caracterización me inhibe de considerarlo perteneciente a la serie de los soles. Más bien me permite sospechar la existencia de una serie paralela de antagonistas que haya quedado como en la sombra y que merecería ser investigada. Para comenzar, debe reconocerse que el señorío de Huallallo y el de los gentiles del mito de las Tres Eras, no sólo ocupan el mismo lugar en la secuencia, sino que se atribuyen rasgos semejantes: inmortalidad y poderes mágicos, primitivismo, nacimientos por pares, enorme número, escasez de tierras y hambre, antropofagia, relación con el Amaru y el mundo subterráneo. Huallallo mismo no se nos presenta como un dios solar: el mito se encarga de subrayarlo bien, al orientar su retirada en dirección al este, la opuesta al camino del sol. Esta es la misma dirección de la retirada del rebelde Tagua Cápac, según Sarmiento de Gamboa. También la de la de Ayar Auca. Y en el texto huancavelicano del mito de las Tres Eras: “cuatro hermanos salieron. . . y uno se regresó”. En cuanto a Manañamca, la mujer de Huallallo, ésta es arrojada al mar, en dirección contraria al movimiento relativo de la luna, para que quede claro que no se trata de la divinidad correspondiente. Es bastante claro, a este punto, que Huallallo no es el dios autónomo de una era, sino que es el gentil que encabeza la rebeldía de la primera humanidad contra su creador, Coniraya. Podemos preguntarnos si este sol se reproduce en cada una de las eras de la serie. Creo que hay razón para suponerlo.

- (*) Sobre la supervivencia del simbolismo solar en la teología y la liturgia de la Iglesia Católica, así como en su calendario festivo, puede consultarse, Rahner (1954: pp. 104-192). Sobre el simbolismo solar en la religión andina, Pease (1967).
- (**) Esta imagen es particularmente sugerente en relación al mito de Inkarrí. Entendido éste como figura andina del Hombre Primordial, Universal o Arquetípico, la separación entre su cuerpo y su cabeza deja de ser un enigma y el sentido mesiánico de su reunificación resulta claro. La relación entre la cabeza y el cuerpo de Inkarrí es análoga a la que San Pablo propone entre la Iglesia y Jesucristo, Hombre Primordial de la Nueva Creación o Adán Espiritual.

REFERENCIAS CITADAS

- ARGUEDAS, José María. *Puquio, una cultura en proceso de cambio*. En: 1964 *Estudios sobre la Cultura Actual del Perú*. UNMSM, Lima.
1967 *Los mitos quechuas post-hispánicos*; en *Amaru* 3: 14-18.
- AVILA, Francisco de. *Dioses y Hombres de Huarochiri*; Instituto de Estudios 1966/1598 Peruanos, Lima.
- CASAVARDE, Juvenal. *El mundo sobrenatural en una comunidad*. En *Allpanchis Phuturinga* vol. 2: 121-244. 1970
- EARLS, John. *La organización del poder en la mitología quechua*. En Juan 1973 Ossio ed., *Ideología mesiánica del mundo andino*; IPP Lima: 393-414.
- FUENZALIDA, Fernando. *El mundo de los gentiles y las tres eras de la creación*. 1977 En *Revista de la Universidad Católica* No. 2: 59-84.
- HUAMAN POMA DE AYALA, Felipe. *Nueva Cronica y buen gobierno*. París. 1936/1587
- LEACH, Edmond. *Two essays concerning the symbolic representation of time*. 1961 En *Rethinking Anthropology*; ISE, London.
1962 *Genesis as Myth*. En J. Middleton ed., *Myth and Cosmos*, NHP, New York, 1967.
- MARZAL, Manuel. *El mundo religioso de Urcos*. Cuzco. 1971
- MENDIZABAL, Emilio. *El awkilku entre los descendientes de los Chupachu*. En 1966 *Cuadernos de Investigación de la Universidad Hermilio Valdizán*, No. 1:61-78.
- MICHAUD, Andrée. *La religiosidad en Qollana*. En *Allpanchis Phuturinga* No. 2: 1970 7-18.
- MISHKIN, Bernard. *The contemporary quechua*. En J. Stewart ed., *Handbook of South American Indians* vol. 2, Washington. 1944
- NUÑEZ DEL PRADO, Juan. *El mundo sobrenatural de los quechuas del sur del Perú*. En *Allpanchis Phuturinga*, vol. 2: 57-120. 1970
- NUÑEZ DEL PRADO, Oscar. *El hombre y la familia*. En *Estudios sobre la cultura actual del Perú*. UNMSM, Lima. 1964

- ORTIZ, Alejandro. *De Adaneva a Incarri*, Lima.
1973
- OSSIO, Juan. Guamán Poma: Nueva Cronica o Carta al Rey. En Juan Ossio,
1973 ed., *Ideología Mesiánica del mundo andino*; IPP, Lima:
153-216.
- PEASE, Franklin. En torno al culto solar incaico. En *Humanidades*, vol. 1. Lima.
1967
- RAHNER, Hugo. *Mythes grecs et mystere chretien*. Paris.
1954
- TSCHOPIK, Harry. *The Aymara of Chucuito*. New York.
1951